

Desde el fondo de sus ojos

La miré a los ojos una vez más, intentando inútilmente de encontrarme con sus pupilas, o quizás escudriñar su iris. Buscando descifrar algo impreciso. No había dudas de que en esas circunstancias, no podía pensar claramente. La revelación anterior más allá de desconcertarme, me había provocado tal desbarajuste en mi habitual templanza, que creía estar levitando enajenado de materialidad sobre un espacio desconocido; que me adormecía la piel; obnubilaba mi visión y desordenaba mis pensamientos. Pasado y presente veíanse transportados en un vertiginoso espiral de imágenes, que no lograba descifrar como propias, pero que no obstante identificaba como conocidas. Su mirada insolente desalentó mi incondicional instinto de besarla. Sí, de sentirla contra mi piel, a pesar de que lo que recién me había confesado venía a derrumbar nuestras proyecciones, aquellas que tardamos tanto en idealizar a partir de la inocencia e ingenuidad de nuestra juventud reciente y más aún en concretar al ritmo paulatino que nos fue dando la realidad con sus distractores y naturales frutos: maternidad, hijos, obligaciones y responsabilidades, cada vez más enrevesados. Allí estábamos juntos, tan unidos, escuchándonos el silbido profundo de nuestras respiraciones, y percibiendo la humedad de nuestros alientos, pero a la vez sintiéndonos cada vez más alejados el uno del otro. Mudos, dejando a nuestros cuerpos manifestarse como se les diera la gana. Ella, tensa, silenciosa, pero decidida y desafiante mientras yo sentía que todo aquello que acababa de decirme, me estaba corroyendo el alma. No exagero, eso era lo que demostraba la rigidez lívida y agarrotada de mis manos sosteniendo firmemente las solapas de su abrigo, para atraerla hacia mí, casi como un instinto desesperado por impedir que huyera de mi vida, de mis momentos, de todo aquello que constituía mi tránsito permanente en torno a ella y a lo que había edificado, día a día idealizado en mi mente, y según creo, sin temor a equivocarme, solo en la mía, porque de lo contrario aquello que terminaba de escuchar de sus labios, jamás se habría pronunciado. Una persona enamorada no hace algo así; menos al padre de sus hijos, al que hasta hace algunos meses le nombraba como ¡amor!, ¡mi vida!, ¡cariño! y tantos otros apelativos que ahora se me olvidan.

Ella, inteligente y brillante como ninguna. Ahora, abandonaba el pedestal en que la había puesto para rebelarse como otra persona, no solo diferente en el decir, sino en el actuar. Ella me había expulsado abruptamente de nuestro compromiso de vida, cuando no solo se sintió atraída por otro, sino que se enamoró y entregó a ese otro, por lo que yo debería abandonar todo aquello que hasta ese momento había constituido mi razón de vida, mi soporte, mi principio y mi fin. Por lo pronto debía partir esa misma noche, de la que hasta ese instante creí nuestra casa, nuestro refugio y nuestro nido. Una tempestad de sueños, convicciones y promesas desbaratadas avasallaron el significado que entendía, hasta entonces, por la palabra “nuestro”, a la que hasta hacía unos instantes orlaba de nobles, sublimes, generosos y solidarios significados. ¿En qué momento cambió de rumbo, en qué

instante dejó de ser lo que era para convertirse en ese ser deleznable, pero a la vez deseado que atrapaban mis manos? No sé, no me di cuenta de la metamorfosis que ocurría ante mi vista, preocupado de asuntos más triviales y tangibles que colmaban mi atención, con la inequívoca convicción conque presumía que lo importante valioso y trascendente permanecía incólume, firme y resguardado por nuestro profundo amor, que cual paradigma inalterable alcanzaría la eternidad.

Cuando decidí casarme, o tal vez mucho antes me propuse ser un buen proveedor para mi familia, por lo que me esforcé en estudios y trabajo, pero a la vez yo no iba a soslayar el cuidado de mis hijos, tal como lo había visto en mi padre, al que admiraba en muchos aspectos, pero, que ante los quehaceres domésticos y cuidados filiales, no asumía compromiso alguno. Yo me había propuesto ser el padre y esposo perfecto: colaborador y paciente; tolerante y controlado; amoroso, tierno y obsecuente. No quería por nada del mundo que mis hijos experimentaran dentro del hogar un clima beligerante o agresivo entre sus progenitores, ni de palabra, ni de hecho. Por más transitorio que fuese. Las veces que, siendo niño, presencié alguna discusión entre los míos, me entristecía de tal manera, que corría a encerrarme en mi dormitorio y cuando finalmente salía de él, papá y mamá ya habían solucionado su conflicto y al parecer hasta el aire que entraba por las ventanas agitaba más grácilmente el blanco velo de las cortinas, en tanto, desde el cruce de sus miradas fulgía acelerado un brillo inusitadamente dulce y calmo, que viajaba desde el fondo de sus ojos hasta dibujar en los labios de ambos una tierna y cómplice sonrisa, que venía a confirmar plenamente mi propia seguridad. Sí, ellos discutían mucho, pero siempre me hicieron sentir que por sobre todo, también se amaban y me amaban. Sin embargo, cuando yo desee formar familia, a pesar de que la mía de origen fue óptima en muchos aspectos, por alguna razón, me juré no caer en este tipo de juegos o discusiones.

Y heme aquí agarrotado, como una bestia tratando de entender, vencer o corregir lo imposible ante un hecho concreto que mi mujer, la madre de nuestros dos hermosos hijos lanzara como una bofetada a mi paisaje onírico, destruyendo mis confianzas y más que eso apagando la llama esperanzadora del amor. Sí, porque en un solo segundo, mi existencia entera víctima de aquella demoledora hecatombe entraba en la oscura ruta de la desolación y el caos profundo, tiñendo de negro mis coloridos y ambiciosos anhelos.

El sudor de mi cuerpo y más aún el de mis manos, era otra manifestación que delataba el torbellino de emociones que afectaban mi ser. Nada había valido la pena en mis inútiles intentos por alcanzar la perfección; las mezquinas apreciaciones que hice de mis progenitores; la rigidez casi académica conque controlé mis instintos y mis actos; la priorización enfermiza de todo aquello que creí mantendría el equilibrio y armonía; mi permanente postergación en todo orden, en especial, de aquello que consideré ocio o banalidad. Tanta estupidez inventada en pro de lo que creí justo y verdadero, me golpeaba de lleno, arrebatándome al amor de mi vida.

De súbito una oleada fría recorre mi rostro dejando mi mente investida de un enorme vacío. Creo que fue allí, mientras tantos pensamientos y recuerdos me hacían creer en que todo estaba irremediablemente perdido, cuando mis fuerzas, aniquiladas por el dolor me abandonan, sintiéndome vencido, que abrí mis puños liberando su trémulo cuerpo en el preciso instante, en que un tenue ruido me hace desviar la mirada y veo que en el vano de la puerta aparece en pijama mi hijito mayor, restregándose la cara.

- ¡¡ Papá!! ¿Vendrás a contarme un cuento?